tear los hijuelos de la alondra, á esta gran novedad todo un pueblo empezaba la siega con alegría, fiado en la fé del Altísimo. Aquellos amables signos que dirigian los cuidados de la estacion presente, tenian tambien la ventaja de pronosticar las variaciones de la inmediata. Si los patos y las zarcetas llegaban en gran número, sabido era que el invierno seria largo; si la corneja comenzaba á hacer su nido por enero, los pastores esperaban en abril las flores de mayo. El matrimonio de una doncella celebrado junto à una fuente, tenia cierta relacion con el crecimiento de una planta, y los viejos que comunmente mueren en otoño. caian cuando las bellotas sazonadas y los frutos maduros. Mientras aquel filósofo, truncando ó alargando el año, se paseaba en invierno sobre la alfombra de la primavera, el labrador no temia que le engañase el astrónomo que le venia del cielo; porque sabia que el ruiseñor no equivocaria el mes de las escarchas con el de las flores, ni entonaria en el solsticio del invierno las canciones del verano. Así es como estaban escritas todas las estaciones, los juegos y las diversiones del hombre rústico, no en el calendario falible de un sabio, sino en los infalibles cálculos del que trazó su carrera al sol. La voluntad de este supremo ordenador fué que las fiestas de su culto estuviesen sujetas á estas épocas sencillas copiadas de sus obras mismas; y en aquellos dias de inocencia, segun las estaciones y las tareas, la voz del céfiro o de la tempestad, la del águila ó de la paloma, era la que convocaba al hombre al templo del Dios de la naturaleza.

Nuestros aldeanos suelen valerse actualmente de estas tablas encantadoras, en las cuales se hallan grabados los tiempos de los trabajos rústicos. Los pueblos de la India hacen igual uso de ellas, y los negros y salvages americanos conservan este modo de contar: una seminola de la Florida nos dice: «La moza se casó cuando vino el colibri; murió el niño cuando pelechó la sin par. Esta madre tiene tantos hijos como

huevos hay en el nido del pelicano.»

Los salvages del Canada señalan la sesta hora de la tarde por el momento en que las palomas zoritas beben en las fuentes, y los de la Luisiana por aquel en que sale la efimera de las aguas. El paso de varias aves arregla la estacion de las cazas; y ciertos animales que jamas dejan de acudir à la hora del banquete, anuncian el tiempo de la cosecha del maiz, del azucar, del acebo y de la belluca.

CAPITULO IX.

CONTINUACION DE LAS EMIGRACIONES

Cuadrúpedos.

Las emigraciones son mas frecuentes en los peces y en las aves que en los cuadrúpedos, á causa de la multiplicidad de los primeros, y de la facilidad con que pueden hacer sus viages atravesando los dos elementos de que se halla rodeada la tierra. Nada causa tanta admiracion como el modo con que llegan á los parages que buscan, sin que nunca se estravien. Facilmente se concibe que un animal acosado del hambre abandona su pais para ir á buscar en otro el alimento y abrigo: mas ¿se podrà comprender por ventura que sea la materia quien les hace ir aqui y no alli, y la que los guia precisamente con una exactitud milagrosa al sitio donde encuentran aquel alimento y abrigo? ¿Cómo es que conocen los vientos, las mareas, los equinoccios v

los solsticios? Bien persuadido estoy de que si las castas viageras estuvieran por un solo momento abandonadas á su propio instinto, casi todas perecerian; unas, por pasar á latitudes frias, irian à parar bajo los trópicos, y creyendo ir á la China, se hallarian bajo el polo. Nuestro pitirojo, en vez de atravesar la Alsacia y la Germania en busca de insectillos, iria á ser en Africa la presa de algun escarabajo; y el groenlandés oyera salir de sus peñas un grito doloroso, y veria un pajarito pardusco cantar y morir á un mismo tiempo; la pobre filomena.

Dios no permite semejantes errores. Todo tiene sus concordancias y relaciones en la naturaleza; las flores con los céfiros, los inviernos con las tempestades, y el corazon del hombre con el dolor. Antes equivocará el mas hábil piloto su deseado puerto, que se engañe el pez acerca de la longitud del menor escollo del abismo: la Providencia es su estrella polar, y adonde quiera que se dirija, siempre descubre aquel

astro que para él no tiene jamás ocaso. El universo se parece à una gran posada donde todo está en contínuo movimiento, viendose entrar y salir en él multitud de viageros. Quizás no hay cosa mas notable en las emigraciones de los cuadrúpedos, que los viages de los bisentes atravesando las inmensas dehesas de la Luisiana y del Nucvo Méjico . Llegado el tiempo de mudar de clima, para llevar la abundancia à los pueblos salvages, un búfalo, guia de los rebaños del desierto, llama alrededor de si à todos sus hijos. La orilla del Meschacebe es el punto de reunion, donde al anochecer se fija el instante de la marcha. Júntase la manada, llega al momento, y sacudiendo el caudillo su larga crin, que cuelga por todos lados sobre sus cuernos y sus ojos, saluda al sol cuando se pone, bajando la cabeza y levantando el lomo como un monte, al mismo tiempo despide de su hondo pecho un ruido sordo, que es la señal de la marcha, y al instante se arroja á las espumosas aguas, seguido de la multitud de becerras y toros que detras de él braman de amor.

Mientras atraviesa ruidosamente los rios y bosques, esta poderosa familia de cuadrúpedos, una apacible escuadra boga en silencio en un lago solitario á favor de los céfiros y al resplandor de las estrellas. Unas ardillejas negras, despues de haber despojado los nogales inmediatos, se resuelven à buscar fortuna y embarcarse para otro bosque. Levantan al instante sus colas, despliegan sus velas de seda, y arrostran animosamente la inconstancia de las ondas. ¡Oh piratas imprudentes, à quienes arrebata la codicia del oro! La tempestad se levanta, los mares braman, y la escuadra perece: procura arribar al puerto próximo; mas al punto se opone à su desembarco un ejército de castores, recelosos de que estos estrangeros vengan á apoderarse de sus cosechas. En vano piensan salvarse los ligeros escuadrones, desembarcados en la playa, subiéndose á los árboles, y tratando de insultar desde lo alto de aquellos murallones à la pesada marcha de sus enemigos. El arte vence al ardid; los zapadores avanzan, minan la encina v la echan á tierra con todas sus ardillas, a la manera de un castillo guarnecido de soldados, y derribado por el antiguo ariete.

Todavía suceden á nuestros aventureros otras muchas desgracias; pero se consuelan fácilmente, ya retozando, ya recogiendo algunos frutos. Tomada Atenas por los lacedemonios, no por eso fué menos amable ni menos insustancial aquel pueblo. Subiendo por el rio del Norte en el paquebot de Nueva York à Albany, vimos á uno de estos desgraciados que intentaba atravesar el rio. Jamás pudo llegar á la orilla, y le sacamos del agua medio ahogado; era hermoso, negro como el ébano, y su cola tres tantos mas larga que el cuerpo;

recobró la vida, mas perdió la libertad haciéndole su

esclavo una jóven pasagera.

reproducirse (1).

Los renos del Norte de Europa, los cariboles y los alces de la América septentrional, tienen igualmente sus tiempos de emigracion, siempre acordes con la mayor utilidad ó las necesidades del hombre. Hasta el oso blanco de Terra-Nova, cuyas pieles son tan necesarias á los esquimales, es para estos pobres salvages el don precioso de una providencia del todo milagrosa: vense abordar à las costas del Labrador aquellos monstruos marinos sobre hiclos flotantes ó despojos de naves, en que se sostienen como unos fuertes marineros salvados del naufragio.

Los elefantes viajan tambien en el Asia; por donde pasan tiembla la tierra, y sin embargo, no dan motivo alguno para temerles: casto, inteligente y sensible behemot, es manso, porque es fuerte; apacible, porque es poderoso como primer servidor del hombre, y no su esclavo, ocupa el segundo lugar en el órden de la creacion. Los animales, despues de la culpa original, se alejaron de la habitación del hombre; pero el elefante, naturalmente generoso, parece que fué el que se retiró con mas sentimiento, porque siempre ha permanecido en las cercanías de la cuna del mundo. Sale de cuando en cuando de sus desiertos, y se avanza hácia el país habitado, para reemplazar en el servicio

(1) Las plumas elocuentes que han descrito las costumbres de estos animales, nos dispensan de estendernos sobre este artículo. Tan solo añadiremos, que el elefante nos parece de una estructura tan estraña, porque le vemos aislado de los vegetales, sitios, aguas, montañas, colores, luz, sombras y cielos que les son propios. Las producciones de nuestras latitudes medidas sobre una escala pequeña, las formas de los objetos generalmente redondas, la finura de nuestras yerbas,

de los hijos de Adan à sus compañeros muertos sin

CAPITULO X.

Anfibios y reptiles.

Al pie de los montes Apalaches, en las Floridas, se encuentran unas fuentes llamadas Pozos naturales. Cada pozo está abierto en el centro de un montecillo

el picado menudo de nuestras hojas, la elegancia del fruto de nuestros árboles, nuestros dias pálidos en estremo, nuestras noches escesivamente frescas, los matices tan inconstantes de nuestras verduras, y finalmente el color, vestido y arquitectura del europeo, ninguna analogía tienen con el elefante. Si el viagero hiciera sus observaciones con mas exactitud, sabriamos como se casa este cuadrúpedo con la naturaleza que le produce. La trompa del elefante, por ejemplo, tiene conocida semejanza con los cereos y aloes, las lianas y las cañas, y en el reino animal con los serpentones de las Indias: sus orejas tienen la figura de la hoja de la higuera oriental; su piel es escamosa, blanda y áspera no obstante como la borra que cubre una parte del tronco de la palmera, ó por mejor decir, como los filamentos leñosos del coco: muchas plantas gruesas de los trópicos se afirman en la tierra como sus pies, y tieneu como ellos una figura pesada y cuadrada, su grito es á un mismo tiempo fuerte y prolongado, como el del cafre, ó como el grito de guerra del cipayo. Cuando cubierto de ricos tapices, y cargado de una torre semejante á una pagoda, conduce algun piadoso monarca á los escombros de los templos que se hallan en la Península de las Indias, su mole, las columnas de sus pies, su figura irregular y su pompa barbara, concuerdan bien con aquella arquitetura colosal formada de trozos de piedras amontonadas unas sobre otras: esta bestia y el monumento arruinado, parecen dos restos del tiempo de los gigantes.

plantado de naranjos, encinas verdes y catalpas, que se abre en figura de media luna por el lado de la dehesa, y viene á salir un canal desde el pozo á esta abertura. Los árboles, inclinados sobre la fuente, forman una bóveda, y la sombra de esta hace que parezca el agua negra por abajo; mas en la parte en que el acueducto se une a la base del cono, un ravo de luz que penetra por la madre del canal, cae sobre un solo punto del espejo del agua, que imita el reflejo del cristal en la cámara oscura del pintor. Habita comunmente en esta encantadora guarida algun enorme cocodrilo, que permanece inmóvil en el centro de la charca (1): al ver su verdosa escama, al ver sus anchos narigales que arrojan el agua en dos elipses coloradas, creverase que es un delfin de bronce en una gruta de los bosques de Versalles.

No siempre viven solitarios los cocodrilos ó caimanes de las Floridas: en cierto tiempo del año se juntan en cuadrillas, y se emboscan para acometer de sorpresa à los viageros que deben llegar del Océano. Cuando estos han subido ya por los rios, y falta el agua para tanta multitud, mueren encallados en las orillas, amenazando infestar el aire; entonces la Providencia los entrega de repente á un ejército de cuatro à cinco mil cocodrilos. Estos mónstruos, dando un grito espantoso, y crugiendo con ruido sus quijadas, se arrojan sobre los estrangeros espantados. Brincando por todas partes los caminantes, se apiñan, se asen y entrelazan. Sumérgense hasta el fondo de los golfos, revuélcanse en el cieno, y vuelven à subir à la superficie de las ondas. Las aguas ensangrentadas se llenan de cuerpos mutilados y de entrañas palpitantes. Difícil fuera formarse una idea aproximada de estas escenas estraordinarias descritas por los viageros, y que el lector se inclina à creer que son ponderaciones (4).

Rotas, dispersas, y llenas de espanto las legiones estrangeras, perseguidas hasta el Océano, se ven precisadas á encerrarse nuevamente en sus abismos, para que siendo de alli adelante útiles à nuestras necesida-

des, nos puedan servir sin dañarnos (2).

Estos monstruos han escandalizado alguna vez la sabiduría del ateo; pero no obstante, son muy necesarios en el plan general. Habitan únicamente los desiertos, donde la ausencia del hombre reclama su presencia, alli están destinados para destruir, hasta que llega el gran destructor. Así que nos presentamos en la costa, nos ceden el imperio, persuadidos de que uno solo de nosotros hará mas destrozos que diez mil de ellos (3).

Mas ¿para que, se dirá, cria Dios unos entes supérfluos, que obligan despues à destrucciones? Por la razon poderosa de que Dios no obra de un modo limitado como nosotros, se contentacon decir: creed y multiplicaos; y en estas dos palabras esta lo infinito. Para que la Divinidad sea sábia, ¿necesitará ser limitada? ¿La despojaremos del atributo de infinita, desecharemos todo lo que sea inmenso, y diremos: «Esto sobra en la naturaleza;» porque nuestro entendimiento limitado no lo puede comprender? Y si quisiese Dios colocar en la boveda celeste mas de un número determinado de soles, ¿tendremos el esceso como una cosa inoportuna, y en consecuencia de esta prodigalidad

(1) Véase Bartram en el viage citado.

(2) Son tan conocidas las ventajas que reporta el hombre de las emigraciones de los peces que nos escusamos de mencionarlas.

⁽¹⁾ Véase Bartram, viage á las Carolinas y á las Floridas.

⁽³⁾ Hase observado que en la Carolina, donde los caimanes han sido destruidos, los rios han sido alguna vez apestados por la muchedumbre de peces que sube por ellos desde el Océano, y que la sequedad hace morir despues de la canícula.

del universo, declararemos al Criador como convencido de locura é impotencia?

Cualquiera que sea la deformidad de estos seres que llamamos monstruos, pueden reconocerse señales de la gracia divina bajo sus horribles figuras. ¿Acaso un cocodrilo y una serpiente son menos cariñosos pa ra sus hijos, que un ruiseñor y una paloma? ¿No es un contraste tan milagroso como tierno, ver al cocodrilo construir un nido, poner un huevo como una gallina, y de un cascaron salir un mónstruo pequeño, cual si fuese un pollito? ¡Cuan admirable es el cuidado que la hembra del cocodrilo tiene de su familia! Se pasca recreándose entre los nidos de sus hermanas. que forman conos de huevos y arcillas, y estan colocados como las tiendas de un campamento á la orilla de un rio. La amazona hace una guardia vigilante, v deja obrar al calor del dia; porque si en el huevo del cocodrilo esta como pintada la delicada ternura de la madre, la fuerza y las costumbres de este poderoso animal, se descubren, digamoslo asi, en el sol que empolla este huevo, y en el lodo que le sirve de fermento. Desde el instante en que se aviva uno de aquellos embriones, le toma la hembra bajo su proteccion: la cria no es siempre suya; mas por este medio hace el aprendizage de la maternidad, y su habilidad iguala à lo que ha de ser un dia su ternura. Finalmente, cuando salen sus hijuelos del cascaron, los lleva al rio, los lava en agua limpia, los enseña á nadar alrededor de si, les pesca pececillos delicados, y los protege contra los machos que quieren devorarlos.

Un español de las Floridas me contó que habiendo cogido la nidada de un cocodrilo, y hecho que se la llevasen unos negros en un cesto, le siguió la hembra dando gritos compasivos. Dejáronla dos en el suelo, y al instante empezo la madre á estrecharlos con las manos y el hocico, ya poniéndose detras de ellos para

defenderlos, y ya marchando á su frente para enseñarles el camino. Los hijuelos iban arrastrando y gimiendo, siguiendo las huellas de su madre; y este enorme reptil, que poco antes aterraba la ribera con sus rugidos, daba entonces una especie de balido tan suave como el de una cabra cuando dá de mamar á sus cabritillos.

La culebra de cascabel compite con el cocodrilo en el cariño maternal; este soberbio reptil, que da a los hombres lecciones de generosidad (4) y de ternura, si ve perseguida su familia; la coge en la boca (2), y poco satisfecha de los sitios en que pudiera esconderla, la hace que vuelva a entrar en su vientre, considerando que no hay asilo mas seguro para el hijo, que el seno mismo de la madre. ¡Oh ejemplo de amor sublime! no sobrevive á la pérdida de sus hijos, porque para arrancárselos, es preciso sacarle las entrañas.

¿Debemos hablar del veneno de esta serpiente. que es siempre mas activo cuando cria? ¿Será oportuno referir la ternura de la osa, que semejante á la muger salvage, llega su amor maternal hasta el estremo de dar la teta á sus hijos despues de muertos? (3) Obsérvense estos supuestos mónstruos en todos sus instintos; reflexiónese sobre sus formas y armaduras; mírese con atencion el anillo que forman en la cadena de la creacion; examíneseles en sus propias relaciones y en las que tienen con el hombre, y me atrevo á asegurar, que las causas finales son tal vez mas visibles en esta clase de séres, que en las mas favorecidas de la naturaleza, así como en una obra bárbara brillan mas los rasgos del ingénio, en medio de las sombras que la ofuscan.

- (1) Nunca es el primero que acomete.
- (2) Véanse los viages de Carver en el Canadá.
- (3) Véanse los viages de Cook.

Ni es tampoco mas fundada la objecion que se hace contra los sitios que habitan tales mónstruos. Por mas nocivas que nos parezcan las lagunas, son no obstante de grande utilidad, consideradas como las urnas de los rios en los países llanos, y los depósitos de las lluvias en los parages distantes del mar. El cieno y la ceniza de sus yerbas proporcionan abonos á los labradores; sus cañas sirven de leña y para techar la morada de las pobres familias; débil abrigo en armonía con la vida del hombre, y no mas duradero que sus cortos dias.

Dichos sitios tienen ademas cierta hermosura peculiar: como fronteras de la tierra y del agua tienen vegetales, sitios y habitantes particulares: en ellos todo participa de la mezcla de los dos elementos; las espadañas son un término medio entre la verba v el arbusto, entre el puerro marino y la planta terrestre; algunos insectos acuáticos parecen pajaritos; cuando el insecto llamado señorita anda vagando con su cuerpecillo azul y sus alas trasparentes en torno del nenúfar blanco, cualquiera creera que ve al pajaro-mosca de las Floridas sobre una rosa de magnolia. Las lagunas están cubiertas de juncos secos en otoño, v dan á la esterilidad misma una apariencia de las mas opulentas cosechas: en la primavera figuran como batallones de verdeantes lanzas. Un álamo blanco, un sauce aislado, en que el suave ambiente ha colgado algun penachillo de plumas, domina à estas campiñas movibles; colando el viento por entre las cañas, mece alternativamente sus copas, la una baja cuando la otra se levanta, y doblegandose luego de golpe todo este soto, se descubre el alcaravan dorado, ó alguna blanca garza real que se mantiene inmóvil en su larga pata, cual si fuera en una pica.

CAPITULO XI.

De las plantas y sus emigraciones.

Entramos ahora en aquel reino encantador, donde las maravillas de la naturaleza adquieren un caracter mas risueño y apacible. Al ver las plantas elevadas en el aire v en la cumbre de los montes, cualquiera diria que toman algo del cielo, à que se aproximan. A veces cuando reina una profunda calma al salir la aurora, todas las flores del valle están inmóbles en sus tallos; se inclinan de mil modos diversos, y miran hácia todos los puntos del horizonte, v en aquel momento en que todo parece estar tranquilo, se consuma un grande misterio; la naturaleza concibe, y estas plantas jóvenes, son otras tantas madres inclinadas hácia la region misteriosa, de donde debe venir la fecundidad. Los silfos tienen simpatías menos aéreas, y comunicaciones menos invisibles. El narciso deposita en los arrovos su raza virginal; la violeta confia á los céfiros su modesta posteridad; la abeja recoge su miel vagando de flor en flor, v fecunda sin saberlo toda una pradera; una mariposa lleva un pueblo entero en sus alas. Mas no todos los amores de las plantas son igualmente tranquilos, pues las hay que los tienen borrascosos, como los de los hombres: se necesitan tempestades para unir en las alturas inaccesibles el cedro del Libano con el del Sinai, al paso que en la falda del monte basta un viento suave para establecer entre las flores una comunicación de deleites. ¿No agita de esta manera misma el viento de las pasiones á los reyes de la tierra sobre sus tronos, mientras que los pastores viven á sus pies tranquilos y felices?

La flor nos da la miel: es hija de la mañana, embeleso de la primavera, manantial de los perfumes, gracia de las vírgenes y amor de los poetas; pasa pronto como el hombre, pero restituye dulcemente sus hojas à la tierra. Entre los antiguos la flor coronaba la copa de los banquetes, y los encanecidos cabellos del sábio; los primeros cristianos cubrian con ellas á los mártires y el altar de las catacumbas; al presente, en memoria de aquellos antiguos dias, adornamos con ellas nuestros templos. En el mundo atribuimos á sus colores nuestros afectos é inclinaciones; la esperanza al verde, la inocencia al blanco, y el pudor al rosado: hay naciones enteras en que las flores son el intérprete de los sentimientos. Libros admirables que no contienen ningun error funesto, y que solo conservan la historia fugitiva de las revoluciones del corazon.

La Providencia, colocando los sexos sobre individuos diferentes en muchas familias de las plantas, ha multiplicado los misterios y las bellezas de la natura-leza; así se reproduce la ley de las emigraciones en un reino que parece exhausto de toda facultad de moverse: tan pronto es el grano ó el fruto el que viaja, como lo es una porcion de la planta, ó toda la planta entera. Los cocoteros prevalecen por lo regular sobrelos peñascos en medio del mar: cuando sobrevie ne una tempestad, caen sus frutos, y las ondas los llevan á las costas habitadas, donde se trasforman en hermosos árboles, joh símbolo de la virtud! crecen sobre los escollos espuestos á las tempestades, y cuanto mas los combaten los vientos, mas tesoros prodigan á los hombres.

A la orilla del Yar, rio pequeño del condado de Sulffolk, en Inglaterra, me enseñaron una casta de

berro muy curioso, que muda de lugar y camina como dando brincos ó saltos. Tiene encima algunos largos filamentos, y cuando los que se hallan en una de las estremidades son tan largos que llegan al fondo del agua, alli arraigan: tiradas por la accion de la planta, que se baja sobre un nuevo pie, se desprenden las raices del lado opuesto, y la berrera, volviéndose entonces de arriba á bajo, se trasplanta segun la distancia á que alcanza en su estension. En vano se busca al dia siguiente la mata en el sitio donde quedó la víspera, v se la ve mas arriba ó mas abajo, segun la corriente de las aguas, formando con las demas familias fuviales nuevos efectos y nuevas maravillas. No he visto la flor ni el fruto de este berro singular, à quien puse el nombre de MIGRATOR, viagero, à causa de mi propio destino.

Las plantas marinas están sujetas á mudar de clima, en tal manera, que participan del espíritu aventurero de aquellos pueblos isleños, cuya posicion geográfica les hizo comerciantes. El fucus giganteus sale de las cuevas del Norte con las tempestades, y avanzándose por los mares, ocupa con sus brazos espacios inmensos, semejante à una red que tendida desde la una á la otra orilla del Océano, arrastra consigo las almejas, las focas, las rayas y las tortugas que encuentra al paso. A veces cansada de nadar sobre las ondas, estiende un pie hasta el fondo del abismo, y se pára poniéndose derecha; hasta que comenzando de nuevo su navegacion con viento favorable, despues de haber girado bajo mil latitudes diversas, viene à tapizar las costas del Canadá con guirnaldas arrancadas de las rocas de la Noruega.

Aunque las emigraciones de las plantas marinas solo parecen á primera vista unos simples juguetes de la casualidad, tienen, sin embargo, relaciones interesantes con el hombre. Paseándome una tarde en Brest à la orilla del mar, divisé una pobre muger que andaba agachada entre las peñas; consideraba atentamente los despojos de un naufragio, y examinaba con particular atencion las plantas pegadas á aquellos, como si por la mayor ó menor vejez de estas, quisiese adivinar la época cierta de su desgracia. Encontró debajo de unos guijarros una de aquellas cajas que sirven a los marineros para poner sus frascos. Acaso ella misma la habria llenado antes de cordiales para su esposo, comprados con sus aborros; á lo menos asi lo juzgué, porque la vi enjugar sus lágrimas con la punta de su delantal. Ocupaban entonces unos hongos marinos el lugar de los amados presentes de su ternura. De este modo, mientras el ruido del cañon demuestra á los poderosos el naufragio de los grandes del mundo, la Providencia envia secretamente á los pequeños y débiles un tallo de verba, ó un tablon destrozado para anunciarles en las mismas orillas algun duelo.

CAPITULO XII.

Dos perspectivas de la naturaleza.

Lo que acabo de decir acerca de los animales y de las plantas, me conduce á considerar los cuadros de la naturaleza bajo una relacion mas general. Hagamos que hablen a un mismo tiempo todas aquellas hermosuras, que ya nos han dicho separadamente tantas cosas de la Providencia.

Presentaré à los lectores dos perspectivas de la naturaleza, una marina y otra terrestre; la una en medio de los mares Atlánticos, la otra en los bosques del Nuevo Mundo, para que no se pueda atribuir su magestad á los monumentos de los hombres.

Habiéndose elevado sobre el nivel de las costas el navío en que vo iba á la América, en breve vi tendido unicamente en el espacio el doble azul del mar y del cielo, como un lienzo preparado para recibir las futuras creaciones de algun gran pintor. El color de las aguas se volvió semejante al del vidrio fundido. Venia del Occidente una gruesa marejada, aunque el viento soplaba del Este, y del Norte al Mediodía se estendian enormes ondulaciones, que formaban como otros tantos valles que se perdian de vista en los desiertos del Océano. A cada minuto mudaban de aspecto los movibles paisages; va era una multitud de verdosos montecillos que representaban los surcos de los sepulcros en un cementerio inmenso, va encrespándose las olas en sus cimas, figuraban rebaños blancos esparcidos por los matorrales; muchas veces el espacio parecia limitado por falta de punto de comparacion; però si una ola llegaba a levantarse, v se encorvaba otra á manera de una costa distante, y pasaba á lo lejos un escuadron de perros marinos, de repente se abria el espacio delante de nosotros. Tenia sobre todo la idea de estension, cuando una ligera niebla, arrastrando por la superficie del mar, parecia aumentar la inmensidad misma. ¡Oh! ¡cuan grandes y tristes. son los aspectos del Océano! ¡En qué meditaciones nos absorven, va se engolfe la fantasia en los mares del Norte, y en medio de las escarchas y de las tempestades, ó ya arribe en los del Mediodía á esas islas de felicidad y descanso!

Muchas veces me levantaba á media noche, y me sentaba en el puente, sin hallar mas que al oficial de guardia y algunos marineros que fumaban en silencio. Oíase únicamente el ruido que hacia la proa cortando las olas, al mismo tiempo que á lo largo de los costa-